

PRÓLOGO

Supongo que, a las puertas de un libro como éste, de tan intimidante envergadura, conviene no irse por las ramas y animar al lector a que se atreva a emprender una travesía que se le puede antojar ardua, además de larga. Así que comenzaré por volcar, a modo casi de reclamos publicitarios, unas cuantas afirmaciones gruesas, dejando para luego los argumentos capaces de sostenerlas.

Diré, de entrada, que *Antagonía* es una de las grandes novelas del último siglo; comparable en sus logros, y no sólo en su ambición, a títulos como *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce, *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, o *El hombre sin atributos*, de Robert Musil. No son ejemplos tomados al azar, sino escogidos —entre otros posibles— en razón de los paralelismos que cabe establecer entre ellos y determinados aspectos de *Antagonía*. Ésta es, en no escasa medida, una novela sobre la formación de un escritor; ofrece un cuadro muy revelador de toda una sociedad, observada con extraordinaria perspicacia crítica; y entraña una sutil teoría del conocimiento basada en las reminiscencias que en la conciencia del sujeto despiertan tanto el acto de escribir como el de leer.

Ligada a esta teoría del conocimiento, *Antagonía* propone una de las más exhaustivas, rigurosas y profundas indagaciones que nunca se hayan emprendido sobre la creación literaria, entendida como un ámbito en el que el lenguaje convoca sentidos que comúnmente encubre. De esta indagación se desprende una implacable denuncia del poder enmascarador de la palabra, y una radical concepción de la novela y de los presupuestos a partir de los cuales cabe plantearse en la actualidad el ejercicio de este género.

En el contexto particular de la narrativa española, *Antagonía*, publicada entre los años 1973 y 1981, contiene, además, una lúcida recapitulación del período histórico y cultural que por entonces concluía —el del franquismo— y una severa impugnación de las retóricas de todo tipo, in-

cluidas las literarias, que prosperaron durante el mismo. En el momento de su aparición, la novela señalaba rumbos hacia los que, sacando partido al camino recorrido hasta entonces, la narrativa española bien hubiera podido orientarse, si por esas mismas fechas la mayor parte de los nuevos novelistas, y algunos de los ya veteranos, no hubiera optado por vías prácticamente opuestas, en las que cobraban renovada vigencia muchas de las convenciones que *Antagonía* relegaba a un segundo plano o, sencillamente, daba por superadas.

Finalmente, *Antagonía* ilustra espléndidamente, como muy pocas otras novelas o documentos literarios, las transformaciones de la sociedad española durante las décadas de los sesenta y setenta, proporcionando, en múltiples pasajes de extraordinaria agudeza y comicidad, atisbos muy iluminadores de la mentalidad, de las actitudes, de las tendencias de todo signo (incluidas las ideológicas, en su más amplio sentido) que determinaron el desarrollo de la tan cacareada Transición a la democracia, y que, contra todo pronóstico, se prolongan en la actualidad, lo cual da bastante que pensar.

Si el lector ha llegado hasta aquí sin haber leído previamente la novela, lo mejor sería que, sin continuar este prólogo, se decidiese de una vez a juzgar por sí mismo el acierto y los alcances de lo que se lleva dicho. Lo que sigue son apenas unas pocas consideraciones que tanto valen para encuadrar y orientar la lectura como para contribuir a sedimentarla.

Antagonía se gestó a lo largo de casi veinte años. Luis Goytisolo ha contado cómo «sus líneas maestras cristalizaron en cuestión de pocas horas algún día de mayo de 1960». Fue durante su encierro en la cárcel de Carabanchel, en las semanas que permaneció allí sometido a un severo régimen de aislamiento, tras su ingreso en prisión a consecuencia de su pasada militancia comunista. «El núcleo estructural entonces creado prosiguió su desarrollo en forma de notas y más notas, pero no comenzó a cobrar entidad real hasta el 1 de enero de 1963.» Para entonces, Goytisolo ya tenía claro el plan general de la novela, y muchos de sus detalles. Las últimas líneas de *Antagonía*, sin embargo, no fueron escritas hasta el 16 de junio de 1980, justamente el día, sí, en que se celebra el Bloomsday.

Con sólo veintitrés años, Luis Goytisolo había obtenido en 1958 el Premio Biblioteca Breve con *Las afueras*, su primera novela. Desde entonces, se acumulaba sobre él una gran expectativa, que sólo a medias satisfizo su segunda novela, *Las mismas palabras* (1963), que él siempre ha considerado fallida, y que apareció el mismo año en que empezó a escribir *Antagonía*, donde ajusta cuentas con ella. Resulta admirable que un escritor tan joven aún, y tan prometedor, como era Luis Goytisolo en 1963, se

abstuviera de publicar nada durante casi diez años, ocupado en un proyecto de la ambición de *Antagonía*. Pero lo cierto es que, pese a tener muy claro el plan de la novela, Goytisolo no previó la extensión tan grande que iba a adquirir. De ahí que, llegado un momento, se resolviera a publicarla por entregas, persuadido de la necesidad de «contar con cierto número de puertos si quería llevar a buen término el periplo».

La novela, así, comenzó a publicarse mucho antes de ser enteramente concluida, lo cual había de tener importantes consecuencias en el tipo de recepción de que se hizo objeto, y en su recta comprensión. Aunque desde un principio se dejó claro que se trataba de una tetralogía, el valor de este concepto resulta insuficiente para sugerir el tipo de vínculo que une sus diferentes partes. Éstas fueron leídas como piezas en buena medida autónomas, y lo que es peor: dada la distancia de varios años que medió entre la aparición de cada una de sus entregas, fueron muchos los que leyeron una u otra aisladamente, sin conexión con las demás. Todavía hoy se oye mencionar los diferentes «libros» que integran *Antagonía* como novelas independientes, segregadas del conjunto más amplio al que pertenecen. No se destaca lo bastante que, por mucho que en su interior incluya varias (no sólo cuatro), se trata de una sola novela cuyas intenciones resulta imposible apreciar si no se recorre enteramente, como ocurre con *En busca del tiempo perdido* (a nadie se le ocurre referirse a *El mundo de Guermantes* o a *El tiempo recobrado* como novelas independientes), o como ocurre con *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, por mencionar otro título al que *Antagonía* ha sido insistentemente comparada por quienes han buscado precedentes a su colosal empeño.

La primera edición de *Antagonía* corrió a cargo de la editorial Seix Barral, que publicó *Recuento* en el año 1973 (en México, dado que en España el libro fue secuestrado por el Juzgado de Orden Público y no se pudo distribuir hasta 1975). *Los verdes de mayo hasta el mar* apareció en 1976; *La cólera de Aquiles*, en 1979, y *Teoría del conocimiento* en 1981. En 1983 la novela fue reeditada por Alfaguara como número 100 de su colección literaria, de nuevo en cuatro volúmenes, hermosamente diseñados por Enric Satué. Los cuatro fueron publicados simultáneamente y en ellos se destacaba muy llamativamente, por encima del de cada volumen en particular, el título general de la obra. Se trataba, en palabras del propio Goytisolo, de «la primera edición propiamente dicha» de *Antagonía*. A esta edición –revisada por el autor y que es la que ha servido de base para la presente– siguió en 1993 una edición en bolsillo, en Alianza, también en cuatro volúmenes, y aun otra más, de nuevo en bolsillo, por Plaza & Janés, el mismo año. Alfaguara aún había de reeditar la novela en 1998, esta vez en dos volúmenes en cuya portada aparecía únicamente el

título general: *Antagonía* (I y II). Se trataba así de paliar, muy tardíamente, la tendencia a leer la novela fragmentariamente, algo que seguía ocurriendo aun a pesar de que, desde la edición de 1983, no cabían dudas sobre el hecho de que se trataba de una sola obra. La mejor manera de salir al paso de todo malentendido, sin embargo, era publicar *Antagonía* en un único volumen, que hiciera inevitable afrontarla en su conjunto. Y éste es el objetivo que cumple por fin esta edición, más de treinta años después de concluida la novela.

Leer *Antagonía* en su conjunto modifica las lecturas parciales que puedan haberse hecho de sus entregas sucesivas. Quien la leyó en el transcurso de varios años, difícilmente pudo percatarse cabalmente del apretado tejido de alusiones y correspondencias, algunas muy sutiles, que establecen entre sí las diferentes partes de la obra. Ésta es una de las razones –más allá de sus dimensiones descomunales, disuasorias para muchos, y de un título desconcertante– que explican que, aun reconocida unánimemente como una obra mayor de la narrativa española, *Antagonía* haya mantenido durante todo este tiempo una posición en cierto modo dislocada dentro de aquélla. Ocurre como si la potentísima carga que la novela contiene deflagrara lentamente, habiéndose perdido la oportunidad de hacerla explotar con un único estallido.

¿Cabe pretender que, de haberse publicado desde el primer momento en un único volumen como este que el lector sostiene entre sus manos, la fortuna de la novela hubiera sido distinta y hubiera tenido un impacto superior al que obtuvo? Pienso al escribir esto en el caso reciente de *2666*, de Roberto Bolaño, novela póstuma que hasta última hora se vaciló entre publicarla por partes o en un único volumen de dimensiones tan intimidantes como las de éste. Finalmente se optó por la segunda posibilidad y no cabe duda sobre el acierto que ello supuso, dada la extraordinaria impresión que produjo el libro, sin duda muy superior a la que hubiera producido cada una de sus partes por separado.

En el caso de *Antagonía*, ¿qué habría pasado si en 1981 se hubiera publicado como por fin se hace ahora? ¿Estaban los lectores españoles, en general, bien dispuestos para apreciar un empeño de estas características? Podría pensarse que sí, dado que se trata de una novela que, como se ha dicho, transmite como pocas el pulso de la sociedad española de aquellos tiempos; dado también que propone un apasionante juego de espejos que la convierten en cima insuperable de una corriente que, desde comienzos de los años setenta, no ha dejado de gozar, en España y fuera de ella, de una amplia aceptación: la de la llamada metaliteratura, en la que la figura misma del escritor y las vicisitudes de su creación acapara un importante protagonismo.